

## UN TEXTO DESCONOCIDO DE JOSÉ DE LA CUADRA

Alfredo Alzugarat

El breve texto que se brinda a conocimiento público, «Poemas Ecuatorianos. Publio Falconí (Prólogo a un libro)», del escritor ecuatoriano José de la Cuadra, fue publicado en el año 1932 en el número 152 de la revista *Vida Femenina*, de Montevideo, Uruguay. La erudición del profesor Humberto Robles sobre la figura y obra de este importante creador de las letras ecuatorianas me permite comprobar que se halla inédito en su país de origen.

*Vida Femenina* fue una publicación mensual cuya existencia se ubica entre los años 1918 y 1933. Dirigida por la doctora Raquel Sáenz, a pesar de sus 159 números, la revista—ya sea por su título o por su apariencia externa— ha pasado prácticamente desapercibida para la historiografía literaria y cultural, así como para la muy completa *Cronología comparada de la historia del Uruguay 1830-1945*, editada por la Universidad de la República. Abrir cualquiera de sus viejos volúmenes resulta, sin embargo, arribar a una grata sorpresa. A medio camino entre un feminismo incipiente y una panorámica cultural, *Vida Femenina* es, en esencia, cuantitativa y cualitativamente, una revista literaria. Heterogénea en su composición, ambigua en sus objetivos, su copiosa y variada gama de «lecturas para señoritas» es el producto de la participación de un excelente cuerpo de colaboradores. Figuran entre otros, importantes figuras del ámbito literario, cultural y político del Uruguay tales como Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Montiel Ballesteros, Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Sabat Erasty, Francisco Espínola, Enrique Casaravilla Lemos, Luisa Luisi, Luis Alberto de Herrera, Enrique Rodríguez Fabregat, Emilio Frugoni, etc., así como del exterior Fermín Estrella Gutiérrez de Argentina, José Santos Chocano de Perú y José de la Cuadra de Ecuador.

La primera entrega de José de la Cuadra es el cuento «El amor que dormía» que aparece en el año 1930 (año XIII de la revista, no. 142), el mismo que sirviera de título para la colección de cuentos que publicara por esas fechas (casualmente cuando se constituía el Grupo de Guayaquil, que este autor liderará). A partir del no. 147 (año XIV) el escritor ecuatoriano figura (hasta la desaparición de la revista) entre la lista de colaboradores permanentes, y pocos meses después, en el no. 149, se le publicaba un segundo cuento, «Aquella carta». En 1932 su nombre se reitera en tres oportunidades: en el no. 151, con «Si el pasado volviera» (con el subtítulo «Cuento de año nuevo»); en el número siguiente con «Poemas ecuatorianos. Publio Falconí. (Prólogo a un libro)», objeto de este informe, y en el no. 154 con su conocido cuento «La cruz en el agua». En algunos casos, como en el presente, su firma es acompañada de su ubicación geográfica: «Guayaquil, Ecuador».

El texto es reproducido conservando su ortografía y puntuación original.

POEMAS ECUATORIANOS  
 PUBLIO FALCONÍ  
 (PRÓLOGO A UN LIBRO)

He aquí un espíritu robusto, que está —como en el gran afán de Krishnamurti— tan colmado de vida como colmada está de agua la gota de lluvia.

Alma de poeta, de poeta sincero y fuerte, y, por tanto, ajeno al teátrico aparato, extraño al gesto desmeollado; Falconí sabe del bien percibir la sutil vibración que se agita en cada cosa, y la percibe y la traduce de todo aquello en que su atención para mientes; y, también, sabe del capturar vivo el fugaz instante sentimental que alienta en cada situación... Ave de presa del motivo lírico.

He leído calmosamente —como quien saborea una bebida agradable— los versos de este poeta que aún puede serlo dulcemente, reposadamente, en nuestro vertiginoso mil novecientos. Por lo general, he gustado de ellos. Y estaría demás consignar que no hago crítica en el blando estilo de Teophile Gautier. Simplemente, no la hago de ninguna clase. Pero, en todo caso, el fraternal cariño que me liga al hombre —recuerdo que naciera ese cariño en los claros días de aula,— no me ciega para apreciar al poeta.

Como cualquier lector juzgaría de su obra, al ser precisamente estas frases un juicio crítico.

Que no lo son ni pretenden serlo.

Apenas bordan un comentario, que, si no anda en humos de incienso, tampoco golpea son de desalabanza.

Poemas tiene Falconí a los que cabría comparar con ventanas recortadas en el muro de su íntima verdad; de tal manera encuadran y definen un panorama

espiritual. Y es en ellos y por ellos que obtuviera el autor los más rotundos de sus éxitos.

En las primeras etapas de su desenvolvimiento, se entiende. Que, en las últimas, se advierte un iniciarse de nueva y firme modalidad —sin duda, la que habrá de caracterizarlos;— y esa modalidad parece que desechará el introspectivo estudio para procurar el repetir cada momento anímico contra el mundo exterior en una conversión de valores que hará que la conocida frase de Amiel se formule, por ejemplo, así: «Cada estado de alma es un paisaje», y a la que, por endurecerla de realidad y porque cobre ánimos de apotegma, habrá de añadirse: «Y si no existe el paisaje, habrá que crearlo. Pero, allá afuera».

Vislumbro yo que en Falconí —y a mi atisbo lo finco en algunos de sus poemas más recientes,— está naciendo un poeta nuevo de la laya de esos que que quiere y se merece la América nuestra.

Esto que digo, bien puede suceder. Sucederá. Que ventura es de artistas el magnificar metamorfosis de su propio espíritu, sin perder —y fijase aquí el punto de milagro,— la alta evidencia de ser ellos mismos, diversos y unos a la par.

Falconí tiende —creo que tenderá— a lo que, a falta de otro modo mejor, hemos venido en dominar «nativismo».

Será el Falconí futuro —ese que ya se deja presentir en algunos poemas de este libro en el que ha ido fotografiando épocas espirituales,— un Falconí mejor.

Mejor, por más nuestro, por más americano, por más de nuestro bello Ecuador que tenía forma de abanico...

Que, por supuesto, el Falconí de ahora ya pesa en áureos quilates.

Cuando él vea —definitivamente— la realidad paisana con ojos enamorados, pero límpidos, tal y como Gallegos Lara, y otros, muy pocos, están enseñando que debe verse; cuando se prenda en pasión de ecuatorianidad... entonces nos dará obras que perdurarán por siempre, vencedoras del termito —soldado de su fría majestad el olvido,— porque serán talladas en incorruptible guachapelí de nuestros bosques...

El Falconí que vaticino será, de seguro y muy en breve. Realmente no lo vaticino. Es una forma enloquecida de la inducción, el vaticinio. Y yo no lo induzco. Lo deduzco. Ya en algo de lo que el poeta ha escrito, vibran profundamente las premisas de mi conclusión.

Acaso convenga aquí hacer alegoría para exuberar verdad.

Falconí regresa a la patria. Y no lo hace como Odiseo Laertiada cuando tornara a Itaca.

Ha viajado mucho. Ha corrido mucho. Su nave ha doblado bravamente tormentosos cabos y ha dormido en bahías serenas. Pero, ya emboca el océano. La proa de su velero otea el Pacífico como una agitada nariz disneica. Y ya se despliegan las lonas en el rumbo hacia acá.

Trará lindas historias que contar. Mas, siempre serán mejores las que viva en el patrio escenario...

Hasta aquí deja bellezas. Belleza hará.

Cruzados ha en todos sentidos los campos de la ilusión, —de la ilusión del amor, especialmente—. Galopaba en Pegaso. Iba extendiéndose el suelo bajo los cascos de la bestia. (No hacía falta Tiente alas Pegaso). Sucédiale, en grande, lo que a aquel jinete de la vieja canción, para quien se iba ensanchando Castilla delante de su caballo...

Pero, Falconí ha embridado la cabalgadura. Y la ha detenido.

Sólo —eso sí— un instante leve.

El necesario para, con mano sagaz, obligar el paso por la ruta nueva...

José de la Cuadra  
Guayaquil, Ecuador